

# La creación de la amenaza roja

Del surgimiento del anticomunismo en Chile  
a la «campaña del terror» de 1964

Marcelo Casals Araya



# Índice

**AGRADECIMIENTOS | 9**

**INTRODUCCIÓN | 11**

**CAPÍTULO 1**

**Definición, matrices y contenidos del anticomunismo | 25**

**CAPÍTULO 2**

**Primeras expresiones del anticomunismo en Chile (c.1871-c.1920) | 55**

**CAPÍTULO 3**

**La modernización de la política chilena y el anticomunismo de entreguerras (1920-1938) | 93**

**CAPÍTULO 4**

**Chile y el anticomunismo entre el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría (1939-1949) | 137**

**CAPÍTULO 5**

**Hacia la polarización. Desarrollo político y cambios ideológicos en el sistema de partidos chileno | 191**

**CAPÍTULO 6**

**Los primeros rugidos de la campaña | 263**

**CAPÍTULO 7**

**La recta final. Polarización y anticomunismo en la disyuntiva presidencial | 329**

**CAPÍTULO 8**

**La «campaña del terror»: medios de comunicación y propaganda anticomunista | 409**

**CAPÍTULO 9**

**La intervención norteamericana en Chile | 493**

**CONCLUSIONES | 523**

**BIBLIOGRAFÍA | 531**

## Introducción

En la noche del 2 de septiembre de 1964 pudo oírse en gran parte de Chile una dramática alocución radial de una mujer dueña de un marcado acento caribeño. Los oyentes no tardaron en identificarla. La prensa, de hecho, había publicitado aquel discurso días antes, e incluso un grupo de mujeres conservadoras había intentado sin éxito traerla a Chile para difundir su relato en forma directa. Era la cubana Juanita Castro, la discolorada hermana de Fidel, el líder de la única revolución socialista en el poder en América Latina. Sus palabras apuntaron a difundir su dramático testimonio sobre los efectos destructivos del régimen socialista que se había instaurado en su isla natal en 1959, y una enumeración de las –para ella– censurables estrategias utilizadas por los partidos comunistas alrededor del mundo, derivando de ello «lecciones» para los chilenos. La transmisión radial, por cierto, no pasó desapercibida. Al día siguiente, la prensa escrita la comentó profusamente y algunos políticos de renombre hicieron pública su adhesión o rechazo al mensaje de la cubana. El ambiente político y social, por lo demás, estaba especialmente caldeado. De hecho, era la víspera de los comicios presidenciales, terminando con ello una de las campañas más enconadas de la historia política chilena.

La contienda electoral de ese año, objeto central de esta investigación, fue un momento clave en el proceso político chileno que, a grandes rasgos, se extiende desde mediados de la década de los treinta hasta el golpe de Estado de 1973. En ese período, la esfera pública se nutrió de un conjunto de conceptos, doctrinas y principios que se plasmaron en un amplio arco de organizaciones y partidos, impactando de diferentes formas en la conformación del Estado chileno y su relación con la sociedad civil. Lo político, en su más amplia acepción, de hecho, se experimentó en la propia cotidianidad de las personas, conformando, influyendo y moldeando los parámetros y categorías con los que se asumía la realidad circundante. Así, mientras las pugnas políticas se desarrollaban al interior de la institucionalidad estatal, la sociedad chilena fue progresivamente haciendo suyo ese diverso grupo de propuestas, fenómeno especialmente evidente en la década de los sesenta. La elección presidencial de 1964, en ese sentido, constituyó un momento particular de socialización de lo político, más aún considerando que en ella se enfrentaban proyectos políticos de largo alcance que aspiraban a reestructurar las relaciones de poder en el país.

En aquella disputa por el futuro, propia de toda sociedad moderna, jugaron también un rol construcciones ideológicas sobre el devenir, que incluían diagnósticos y soluciones a los problemas de Chile y, dentro de ellas, percepciones sobre las fuerzas políticas y sociales participantes. El siglo XX chileno, en ese sentido, se caracterizó por la presencia constante en la esfera pública de este tipo de elaboraciones discursivas que, en la pugna contingente, tendía hacia la definición y autodefinición de quienes participaban en esos debates. En esa línea, así como existieron fuerzas que se caracterizaron por la afirmación de ciertos programas, medios y objetivos, hubo otras que, con diferentes énfasis, legitimaron su actuar en función de la oposición que proclamaron en contra de determinados grupos y prácticas políticas. En un siglo, tanto en Chile como en el mundo, marcado por la presencia del comunismo en cuanto ideología, proyecto, régimen político y modelo de sociedad, entre otras cosas, surgió un conjunto dispar de propuestas explícitamente enfocadas a impedir de diferentes maneras su propagación, algo que genéricamente podríamos denominar anticomunismo. En un contexto particular como fue el de 1964, por razones que ya se expondrán, ese tipo de invocaciones, discursos y acciones se hicieron masivas, inundando el debate electoral a través de propaganda, alocuciones públicas y todo tipo de acciones destinadas a persuadir a la población votante de las funestas consecuencias que una victoria del conglomerado de izquierda tendría para el país, sobre el entendido de que significaría la instauración de un régimen comunista equivalente al que entonces existía en varios lugares del globo, incluyendo, en América Latina, a Cuba. El discurso de Juanita Castro, en ese sentido, estuvo íntimamente vinculado a aquel esfuerzo mediático inspirado en una aversión compulsiva hacia el «comunismo», cerrando con él varios meses de trabajo propagandístico que luego la propia izquierda bautizará como «campana del terror».

La historiografía política dedicada al Chile del siglo XX ha pasado por alto la relevancia del anticomunismo en cuanto objeto de estudio, centrando sus investigaciones principalmente en fuerzas políticas constituidas y organizadas en agrupaciones definidas y reconocibles. Más que estudiar la interacción práctica, discursiva e ideológica de las corrientes políticas más relevantes, ha puesto el énfasis en la acción individualizada de cada uno de los actores colectivos que compusieron los distintos momentos del espectro político chileno. Bajo esa perspectiva, muchas veces se omite el estudio de las imágenes y discursos que operan al interior de cada corriente política que, entre otras cosas, condicionan la propia definición y, por ende, la acción de dichos actores. En ese sentido, el anticomunismo no sólo se agota en una actitud opositora ante determinado conjunto de organizaciones y doctrinas políticas, sino que también implica la afirmación de una serie de principios, valores e ideas que, en esta óptica, se ven amenazadas por la presencia de lo que en cada momento se define como comunismo. En la definición ideológica de otros está implícito el propio proceso de creación de una identidad política.

El anticomunismo en Chile, por otro lado, no ha sido un tema menor. La elección de 1964, como se verá en los capítulos correspondientes, fue uno de los momentos de mayor proyección pública de este tipo de argumentos en un contexto electoral, pero no fue el único. La década de los sesenta, bajo el influjo de la Revolución Cubana y como producto de la creciente polarización política y social que sufría entonces el país, fue un período de tiempo en el cual este tipo de expresiones se hizo común y, más aún, contribuyó de diferentes maneras al enraizamiento social de varias de las fuerzas políticas protagónicas de entonces. Con la elección de Salvador Allende y la Unidad Popular en 1970 esto se agudizó, siendo uno de los principales campos discursivos desde el cual fundamentar y legitimar una oposición que fue desde la obstrucción parlamentaria hasta acciones directas de tipo terrorista. El propio golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 estuvo motivado por aquel conjunto de imágenes y razones anticomunistas construidas en las décadas anteriores y que, desde esa perspectiva, se habían materializado durante el gobierno de Allende. Los militares que se hicieron del poder no tardaron en hacer referencia a que su intervención había salvado al país de convertirse en un régimen marxista, idea que se repetirá de diferentes formas en los diecisiete años que estuvieron en el poder. Del mismo modo, la intensa represión política que se inició junto con la dictadura militar, que tuvo por principal objetivo a todo el espectro de la izquierda y, en ocasiones, al centro político, y aquello que Steve Stern denominó como «policidio» —es decir, la destrucción consciente de la política en tanto espacio libre de deliberación<sup>1</sup>— tuvieron como sustrato ideológico la eliminación de todas aquellas personas, organizaciones y condiciones sociales relacionadas con el marxismo. Todo ello dio pie a la más revolucionaria reestructuración de las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales perpetradas por un régimen en particular durante el siglo XX, que condicionó fuertemente el desarrollo ulterior de la democracia transicional del Chile de los años noventa y de la primera década del siglo XXI. En otras palabras, el anticomunismo en cuanto polaridad ideológica y práctica política constituye uno de los elementos más relevantes a la hora de aproximarnos a una comprensión del quiebre institucional, político e histórico que significó el golpe de Estado de 1973. Podría decirse al respecto que esta particular dimensión del desarrollo político e ideológico del Chile contemporáneo corresponde a una «hebra» a explorar dentro de un esfuerzo intelectual más amplio por escrudiñar en las distintas dimensiones de

---

<sup>1</sup> Steve J. Stern, *Remembering Pinochet's Chile. On the Eve of London 1998*, Durham, Duke University Press, 2004, p. 180. Sobre la construcción de memorias legitimadoras desde el propio régimen, véase Stern, *Battling for Hearts and Minds. Memory Struggles in Pinochet's Chile, 1973-1988*, Durham, Duke University Press, 2006, capítulo 2. Desde la perspectiva del análisis de la memoria visual y ciertas propuestas urbanas e iconográficas de la dictadura, véase también Luis Hernán Errázuriz y Gonzalo Leiva, *El Golpe Estético. Dictadura Militar en Chile. 1973-1989*, Santiago, Ocho Libros, 2012.

este complejo y aún vigente proceso de transformación integral del país<sup>2</sup>. Si en esta investigación se plantea el anticomunismo como objeto de estudio, es precisamente por su impacto en la política y sociedad chilena de los años sesenta, setenta y ochenta, y las consecuencias de todo orden que ello tuvo en la configuración del Chile actual.

La presencia visible, continua y protagónica del anticomunismo en Chile se debió, entre otras razones, a la existencia de una izquierda marxista y, en particular, de un Partido Comunista (PC) enraizado en sectores sociales populares y medios, que a partir de la década de los treinta logró, además, insertarse dentro de la dinámica política institucional, a pesar de los esfuerzos –algunos exitosos– por prohibir su presencia en ese ámbito<sup>3</sup>. El comunismo, para estos efectos, es entendido como una ideología de características y aspiraciones globales que, escindido del socialismo europeo decimonónico, compartió con este el objetivo de abolir la economía capitalista y reemplazarlo por un régimen basado en la socialización de la propiedad de los medios de producción, con el consecuente traspaso de poder político, económico y social desde las clases propietarias a las trabajadoras. Al mismo tiempo, como producto principalmente de la instauración en Rusia de un régimen que apelaba a la denominación de «comunista», esta corriente se diferenció del tronco político principal en el rechazo a la posibilidad de que las clases trabajadoras pudieran hacerse del poder a través de la democratización de los sistemas políticos nacionales, esfuerzo en el que habían estado involucrados por largos años los grandes partidos socialistas europeos. En ese sentido, como plantea Alfredo Riquelme, la diferencia entre comunismo y socialismo estribaría más en la definición de los medios correctos para dar cuenta de las aspiraciones revolucionarias de este tipo de doctrinas antes que en la definición concreta y definida del objetivo societal al cual llegar. El comunismo, de ese modo, se transformó en una «ciencia de la revolución», en la que se definía de modo tajante y unívoco las etapas por las que se debía transitar para suscitar el anhelado cambio integral de las sociedades del planeta. El Partido Comunista de Chile, el principal mediador institucional de la ideología y el imaginario comunista en el país, surgió como producto del desarrollo local de las organizaciones socialistas de trabajadores, por un lado, y, por el otro, de aquella escisión del socialismo internacional, adhiriendo, luego de un proceso de adecuación orgánica y doctrinaria, a la perspectiva soviética de un

---

<sup>2</sup> Por cierto, aquel esfuerzo historiográfico por dar nuevas luces sobre el proceso político general del Chile contemporáneo, articulado en torno al quiebre histórico de 1973, no se reduce solamente al estudio del anticomunismo. En una investigación anterior abordé el tema de las dificultades ideológicas, políticas y programáticas de la izquierda chilena, principalmente durante los años sesenta. Al respecto véase Marcelo Casals, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la «vía chilena al socialismo»*, Santiago, LOM ediciones, 2010.

<sup>3</sup> Sobre el comunismo en Chile ya existe una apreciable bibliografía. Un útil catastro de ella se encuentra en Jorge Rojas, «Historia, historiadores y comunistas chilenos», en: Manuel Loyola y Jorge Rojas (comps.), *Por un rojo amanecer: Hacia una historia de los comunistas chilenos*, Santiago, ICAL, 2000.